

Como prolongación de las reflexiones propuestas precedentemente³ sobre el tema de la voluntad, presentamos aquí algunas pistas que permitan comprender mejor la virtud de la obediencia necesaria para vivir la caridad según la voluntad de Dios.

Toda vida humana está confrontada con esta dimensión de la relación con otro, en la aceptación de una voluntad distinta de la suya propia, en la medida en que la primera tiene autoridad. Tal es lo que ocurre en el contexto familiar donde la autoridad paterna interviene de entrada y se presenta como un factor obligado en el progreso de la madurez. Esto vale también para los lugares de formación, y de manera general para la vida social. Se trata de una relación siempre difícil, compleja, y cuya estabilización nunca se logra completamente. Una actitud infantil consiste en absolutizarla, al contrario de la posición adolescente que apunta a rechazarla sistemáticamente. Sabemos cómo en el contexto de las sociedades modernas la relación de obediencia deviene cada vez más problemática; la relación de autoridad no es considerada como un valor que haya que promover: es una alienación de la que habría que llegar a liberarse. ¿Sería esto indicio de que tales sociedades son aún muy adolescentes?

¿En qué es la obediencia una prueba indispensable para vivir en la libertad? Es la cuestión a la cual debemos tratar de responder ahora.

¹ Abad del Monasterio San Martín (Ligugé. Francia).

² Traducido de *Lettre de Ligugé* ns. 276 (1996), pp. 3-7; y 285 (1998), pp. 3-14. Versión castellana de la Hna. Mabel Iriarte, ocsa. Ver las precedentes colaboraciones del mismo Autor en: *CuadMon* ns. 137 (2001), pp. 147-157; 138 (2001), pp. 269-284; 139 (2001), pp. 339-416.

³ Ver *CuadMon* n° 140 (2002), pp. 11-25.

Volviendo a la conclusión principal de nuestras reflexiones sobre la voluntad, podríamos decir que la obediencia está orientada al buen ejercicio de la voluntad humana. Es el rechazo de un querer permanecer en las necesidades alienantes del hombre carnal, y el deseo de acceder a una vida según el Espíritu. Pues, para el hombre, no puede haber obediencia sin una cierta aceptación de la trascendencia. En efecto, si Dios no existe, todo está permitido: por consiguiente, ¿quién podría tener autoridad sobre mí? Pero si el absolutamente Otro existe, tal vez sea para mí el camino de la salvación, de la verdad, de la felicidad. Entonces me dispongo a buscarlo, a escucharlo y hasta llego a cumplir su Palabra con un consentimiento libre. Lejos de ser alienante para la libertad del hombre, la obediencia, por el contrario, puede dilatarla hasta su término en Dios.

I. Cristo y la obediencia

La obediencia del hombre sólo puede comprenderse bien en la obediencia totalmente humana porque totalmente divina de Cristo. Cristo es quien a la vez obedece perfectamente (cumpliendo la voluntad del Padre con su voluntad humana) y por quien y a quien el hombre debe obedecer.

1. La obediencia de Cristo

En la obediencia de Cristo encontramos el modelo perfecto de la realización de este medio radical para cumplir la voluntad de Padre. En primer lugar hay que notar que la obediencia de Cristo no es servil, es adhesión libre. El término griego que la traduce es *upakoé*, compuesto del verbo *akouein* “escuchar” y del prefijo *upo*, que aquí se puede traducir por “debajo”. Se trata de ponerse a la escucha “debajo de alguien”: es la escucha de una palabra que no es la suya propia, uno está debajo de ella, se deja alimentar por ella.

La desobediencia se expresa por el término contrario *parakoé* (compuesto del verbo *akouein* y del prefijo *para*) que literalmente se puede traducir por “ponerse al margen”, como decimos de alguien que está al margen del asunto, cuando no quiso o no pudo escuchar.

Pero la obediencia comprende también una dimensión de poner en práctica la palabra escuchada, mientras que la desobediencia entraña una acción vuelta sobre sí y sus propios impulsos.

En su obediencia, Cristo transforma en un consentimiento voluntario y libre la invitación escuchada en la Palabra. Por otra parte, Él mismo es la Palabra que ha asumido un cuerpo en este mundo. La obediencia de

Cristo, y la nuestra, no consiste en una sumisión a una orden venida del exterior, sino en una habitación interior de la Palabra de otro que pone al actor en movimiento, en la comunión con el otro, escuchado y amado. La actitud de Cristo es realmente de este orden: la de un amor filial enteramente vuelto hacia el Otro que es Uno con Él. Esta relación filial consentida hasta el extremo es la fuente de salvación para cada hombre que escucha y cree. La carta de san Pablo a los Romanos (5,12-20) presenta justamente el misterio de la salvación en esta perspectiva de oposición entre la desobediencia de uno solo (Adán) y la obediencia de uno solo (Jesucristo).

Pero la obediencia, aun cuando nazca de un deseo profundo que libera la voluntad del hombre de sus meros instintos inmediatos, no deja de ser, y tal vez por lo mismo, causa de sufrimiento. La carta a los Hebreos evoca a Jesús aprendiendo la obediencia por el sufrimiento: *Y aunque era Hijo de Dios, aprendió por medio de sus propios sufrimientos lo que significa obedecer. De este modo alcanzó la perfección y llegó a ser causa de salvación eterna para todos los que le obedecen (Hb 5,8-9)*. La Pasión y la Cruz son el punto máximo de este sufrimiento en la obediencia.

El camino de la obediencia, de la escucha amorosa del otro y del cumplimiento de su voluntad salvífica pasa inevitablemente por un camino de sufrimiento. El hombre, porque se resiste, siempre tiene la tentación de querer vivir para sí mismo y en sí mismo: sólo querría obedecerse a sí mismo, ignorando, por otra parte, hasta dónde esa actitud es causa de sufrimientos todavía mucho mayores.

Cristo se hizo obediente hasta el extremo, ilimitadamente, aún hasta la muerte. *Se humilló haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de Cruz (Flp 2,8)*, y por esto fue exaltado a la gloria del Padre. Esta obediencia extrema del Hijo es presentada como fruto de una elección libre, de un consentimiento querido tras una decisión madurada: *Él, que era de condición divina, no consideró esta igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente: al contrario se anonadó a sí mismo, se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte y muerte de Cruz (Flp 2,6-8)*.

Este *hasta la muerte* no es una condenación pronunciada por Dios Padre y vivida por el Hijo en lugar de la humanidad pecadora; no es una condenación, es el lugar del don del Hijo que retorna al Padre en el corazón mismo de la confrontación con el pecado del hombre. Es una escucha total que pone en acto un amor total. Y este participar del amor total del Padre y del Hijo, en el Espíritu, a través de una existencia de hombre, salva a la humanidad de que se encierre únicamente en su voluntad propia.

Por su obediencia, Jesús nos revela todo el misterio de la filiación divina. Aunque sea Dios, el Hijo recibe toda su realidad divina de aquel a quien Él llama Padre. Él es Dios de Dios, eterna acogida, amor y comunión

con el Padre. La obediencia del Hijo es el paso obligado para la revelación trinitaria; obediencia es otro nombre del amor y de la acción de gracias.

Así la obediencia de Jesús es realmente el movimiento íntimo de su ser que nos trae la salvación: movimiento de consentimiento al amor del Padre vivido hasta el extremo de la experiencia humana. Este hombre no ha venido para hacer su voluntad sino la voluntad del que lo envió para dar cumplimiento a todas las cosas. Cristo obediente traza el camino para abandonar la inclinación de la desobediencia, pasando por muchas pruebas hasta el don total de la dichosa muerte a sí mismo para llegar a la comunión divina en la obediencia de los hijos en el Hijo.

2. La obediencia a Cristo

La obediencia del cristiano no puede ser vivida sino en la de Cristo. Obedecer es escuchar su Palabra y ponerla en práctica por la fuerza del Espíritu divino. Obedecer es ser conducido a Cristo (*Rm 15,18*), es ser en Cristo (*Flp 2,12*), es vivir el Evangelio (*2 Co 2,9*).

Los apóstoles recibieron la misión de transmitir toda autoridad que viene del Padre por Cristo: por eso Cristo les dijo: *El que a ustedes escucha, a mí me escucha, y el que me escucha, escucha a aquel que me envió (Lc 10,16)*. Por los apóstoles y sus sucesores, los obispos, la obediencia a Cristo puede ser concretamente vivida en la Iglesia. Pero más generalmente aún la obediencia a Cristo puede vivirse en la atención constante a los demás, en quienes reconocemos a Cristo que viene a nosotros.

La obediencia es, pues, un proyecto muy ambicioso en la vida cristiana. Lejos de ser una simple sumisión a mandatos exteriores, es una actitud de acogida cordial que da lugar a una verdadera práctica del mandamiento del amor.

El voto de obediencia en la vida religiosa se sitúa completamente en esta perspectiva del seguimiento de Cristo, de atención a su Palabra, de hacerse su discípulo. En la vida monástica, este seguimiento de Cristo pasa por una disponibilidad que privilegia la palabra del Abad (vicario de Cristo en el monasterio). Otras corrientes de vida religiosa han propuesto soluciones diferentes. Para los Predicadores o los Mendicantes, por ejemplo, la presencia de Cristo se manifiesta más a través del cuerpo eclesial: *Donde dos o tres estén reunidos en mi nombre, yo estoy en medio de ellos (Mt 18,20)*. La Palabra de Cristo es buscada y escuchada en la misma comunidad a través del diálogo y el compartir: el prior o el guardián es un hermano entre sus hermanos. En realidad, san Benito también se hace eco de esta concepción de la obediencia en los últimos capítulos de la Regla, y las Órdenes nuevas integran en parte también la necesaria autoridad de un superior. Ambos

enfoques no se excluyen radicalmente uno al otro.

La obediencia es, pues, el seguimiento radical de Cristo por la fuerza del Espíritu. Ella se enraíza en la comunión con Jesús frente a su Padre (Cristo obediente), y en la imitación concreta de esta actitud filial, a través de las mediaciones humanas (Cristo a quien se obedece).

La obediencia cristiana tiene valor de signo poderoso en nuestro mundo: es posible escuchar desde fuera de sí mismo, es posible determinarse, es posible elegir, es posible obrar conforme a esta escucha, a esta determinación, a esta elección. Esto es posible porque el cristiano no está solo, vive en la comunión del Cuerpo de Cristo, donde recibe, en la fe, la voluntad de Dios en el soplo del Espíritu.

II. La obediencia según san Benito

La obediencia es una dimensión capital en la vida del monje, la tradición monástica le da siempre un lugar de preferencia y san Benito insiste en ella varias veces en su *Regla*, pero muy especialmente en el Prólogo, en los capítulos 5 (de la obediencia) y 7 (de la humildad) y también en los capítulos 68 y 71, en los que se trata respectivamente de un hermano a quien se le encomiendan cosas imposibles, y de la obediencia mutua. Retomemos aquí las grandes líneas de esta enseñanza siguiendo la Escritura y la Tradición.

1. Prólogo

Desde el comienzo del Prólogo, san Benito presenta el programa de la vida monástica en relación directa con la obediencia:

“Escucha, hijo, los preceptos del Maestro e inclina el oído de tu corazón; recibe con gusto el consejo de un padre piadoso, y cúmplelo verdaderamente, a fin de que vuelvas por el trabajo de la obediencia a Aquel de quien te habías alejado por la desidia de la desobediencia”.

Todo se resuelve en esto:

Escucha

Escucha, *Obsculta*, ausculta, escucha atentamente. Encontramos aquí la raíz de la obediencia según la enseñanza bíblica. *Ob-scultare*, *ob-audire*, *ob-ædire*, es ponerse bajo la palabra de O(o)tro y dejarse alimentar por ella

para crecer según Dios.

La escucha es la primera etapa de la obediencia, una escucha atenta que no es el simple hecho de escuchar superficialmente. Se trata de escuchar lo esencial, lo que eventualmente nos pueda sorprender, molestar, contrariar. Es un esfuerzo de atención, de vigilancia. Es a la vez un salir de sí y un entrar en sí para un nacimiento renovado a cada instante. La escucha de la obediencia en un silencio atento es verdaderamente el primer grado de la humildad, según la expresión de san Benito (RB 5,1). Si quien tiene oídos y corazón no quiere escuchar al otro, es imposible que le obedezca. De la calidad de esta escucha en vista de la obediencia depende todo el movimiento de la humildad en vista de la caridad.

Inclina el oído de tu corazón

Con esta expresión se designa un gesto de humildad del corazón. El oído del corazón se inclina para escuchar mejor, para estar mejor dispuesto a recibir. Es éste un paso más en la actitud de la escucha. No se trata sólo de escuchar humildemente con los oídos, sino de dejar que la palabra penetre hasta lo más íntimo por el oído del corazón. Es la actitud tan recomendada por los Padres *hesicastas* cuando hablan de la oración. La palabra debe pasar de la percepción externa a la acogida cordial después de haber franqueado la puerta del “intelecto”. Obedecer es percibir con el corazón a fin de leer todo interiormente en la humildad de una inclinación amante.

Esta escucha del corazón sólo es posible en el silencio, para permitir verdaderas opciones maduras por el trabajo de la voluntad de Dios en el corazón del hombre.

La palabra “corazón” es particularmente importante en la enseñanza espiritual de san Benito, se repite veinticuatro veces en los siete primeros capítulos de la Regla.

Acoger con gusto

El verbo latino traducido aquí por acoger es particularmente significativo del movimiento interior necesario para obedecer. *Excipe*, de *excipere*: tomar desde el exterior para dejar penetrar en lo más íntimo. Así la palabra del O(o)tro es captada para devenir una palabra común a ambos. Hacer suya la palabra sin desposeer a su autor, sino comulgando con él en dicha palabra, es la etapa siguiente de la obediencia. La escucha del corazón permite esta apropiación-desapropiación-comunión donde la palabra no es un fin en sí sino un medio para acoger a Dios mismo.

Esta apropiación-comunión debe hacerse con agrado, *libenter*: ella

libera con la libertad misma de Dios. En Cristo, no puede haber obediencia sin libertad; de lo contrario no hay obediencia, sino coacción humana. La verdadera obediencia sólo puede provenir de un movimiento del libre albedrío. La voluntad del hombre elige libremente acoger la voluntad de Dios. La libertad del hombre lo capacita para obedecer según Cristo. La libertad del hombre lo capacita para dejar vivir en él la voluntad de Dios por Cristo. La libertad del hombre lo capacita para elegir a Dios antes que a sí mismo. La libertad es verdaderamente la clave de toda obediencia cristiana: es necesaria para vivir esta obediencia, y si la obediencia proviene de una verdadera escucha interior, ella también refuerza esta libertad.

Cúmplolo eficazmente, “*efficaciter comple*”

Después del tiempo de la escucha, de la atención del corazón, de la apropiación-comunión, de la decisión y de la elección libre, llega el tiempo de la acción. La acción en la obediencia es un cumplimiento (*comple*): es alcanzar la meta de todo el movimiento de la voluntad libre en el hombre.

San Benito pide que esta puesta en práctica sea eficaz (*efficaciter*). En efecto, sólo puede haber cumplimiento si las capacidades humanas se adhieren y participan en la voluntad divina presente en cada criatura. Para que haya realización eficaz de la voluntad de Dios, es necesaria la determinación decidida del hombre frente al llamado que recibe. Esta participación consciente del hombre en la acción de Dios es determinante para poner por obra eficazmente la obediencia después del movimiento de transformación interior.

El Prólogo desarrolla a continuación el movimiento de la obediencia según los dos polos esenciales de la escucha y de la acción:

Prólogo 8-22

ESCUCHA: “Levantémonos, pues, de una vez ya que la Escritura, nos exhorta y nos dice: *Ya es hora de despertar*. Abramos los ojos a la luz divina, y oigamos con oído atento lo que a diario nos amonesta la voz de Dios que clama: *Si oyereis hoy su voz, no endurezáis vuestros corazones*. Y también: *El que tenga oídos para oír, escuche lo que el Espíritu dice a las iglesias*. Y ¿qué dice? *Venid, hijos, escuchadme; yo os enseñaré el temor del Señor*” y lo que sigue (Pr. 8-20).

ACCIÓN: “Ciñamos, pues, nuestra cintura con la fe y la práctica de las buenas obras, y sigamos sus caminos guiados por el Evangelio... Si queremos habitar en la morada de su reino, no llegaremos allí si no corriendo con las buenas obras” (Pr. 21-22).

Prólogo 23-24

ESCUCHA: "Quién habitará en tu morada, o quién descansará en tu monte santo? Hecha esta pregunta, hermanos, oigamos al Señor que nos responde y nos indica el camino de esta morada diciendo: (Pr 23-24)

ACCIÓN: El que anda sin pecado y obra la justicia..." (Pr. 25-32)

La conclusión de esta sección es un buen resumen de estas palabras: "Por eso dice también el Señor en el Evangelio: *Aquel que escucha mis palabras y las practica, lo compararé con un hombre prudente que edificó su casa sobre piedra: vinieron los ríos, soplaron los vientos y embistieron aquella casa, pero no se cayó porque estaba fundada sobre piedra*". (Pr. 33-34).

En una conclusión más general, san Benito retoma el tema monástico de la obediencia: "El Señor espera que respondamos diariamente con obras a sus santos consejos... Habiendo, pues, preguntado al Señor quien moraría en su casa, oímos lo que hay que hacer para habitar en ella, a condición de cumplir el deber del morador. Por tanto, preparemos nuestros cuerpos y nuestros corazones para militar bajo la santa obediencias de los preceptos" ... (Pr. 35-44).

Y para terminar : "De modo que no apartándonos jamás de su magisterio, perseverando en su doctrina en el monasterio hasta la muerte, participemos de los sufrimientos de Cristo por la paciencia, a fin de merecer también acompañarle en su reino" (Pr. 50).

Estas últimas palabras del Prólogo son un eco de la introducción; refieren toda la vida monástica a la escucha del mandamiento y a su práctica mediante la obediencia; la escucha y la obediencia son posibles por la conformidad con el Cristo pascual; y esta conformidad permite que el monje aspire a llevar a término su vocación por el consentimiento final con la aceptación de los límites de su finitud, de la confrontación con el pecado y de las condiciones necesarias a ese programa que no tiene otro objetivo que la "conservación de la caridad".

Abordar así el tema de la obediencia, es asimilarla a un movimiento de oración. En efecto, según los antiguos, la oración se divide en varias etapas: *lectio, meditatio, oratio, actio*, lectura, rumia, oración, acción. Estos cuatro movimientos corresponden a los de la obediencia: escucha, interiorización, apropiación-comunión, puesta en práctica.

Una sección del capítulo 4 de la *Regla* de san Benito retoma este conjunto en relación con la *lectio* y la oración:

- “Oír con gusto las lecturas santas”
- “Darse con frecuencia a la oración” (...)
- “Odiar la propia voluntad”
- “Obedecer en todo los preceptos del Abad” (...)
- “Poner por obra diariamente los preceptos de Dios” (RB 4,55-63)

Es su relación con Cristo lo que capacita al monje para obedecer. Es a Cristo a quien obedece y es por Cristo por quien puede obedecer. La obediencia a Cristo y por Cristo es una obediencia a la Palabra de Dios que vuelve a su autor una vez cumplida su misión. El monje recibe el mandato de Dios en la *lectio* bíblica, en la Regla y en la enseñanza del Abad, que interpreta y actualiza el texto: la obediencia abarca pues, un campo muy amplio, el monje constantemente se confronta con ella si quiere tomarla realmente en serio en el sentido de una verdadera comunión con Cristo que entrega su vida para que el mundo tenga vida. La obediencia es otro nombre de la acción de gracias: es la palabra que viene de Dios y que retorna a Dios pasando por la muerte a uno mismo; es una oración en acto que permite a la vida de Dios encarnarse en la vida de los hombres por Cristo en el Espíritu.

2. Capítulo 5: La obediencia

El Capítulo 5 de la Regla de san Benito precisa la enseñanza del Prólogo. Está construido en torno a tres citas bíblicas:

- Quien a vosotros escucha, a mí me escucha (Lc 10,16 en RB 5,6);*
- Estrecha es la senda que conduce a la vida (Mt 7, 14 en RB 5,11);*
- No vine a hacer mi voluntad, sino la de Aquel que me envió (Jn 6,38 en RB 5,13).*

2.1. La escucha de Cristo (5,1-9)

Esta obediencia “es la que conviene a aquellos que nada estiman tanto como a Cristo” (5,2).

Consiste en la escucha de la Palabra de Cristo (*El que a vosotros oye a mí me oye y en cuanto me oyó, me obedeció*) a través de la meditación de esta Palabra (en razón del servicio santo, o por temor del infierno o por el deseo de la gloria eterna, 5,3) y de la respuesta positiva a la enseñanza y a las órdenes del Abad (5,4); en efecto, el Abad está para favorecer la escucha y permitir a los monjes responder concretamente a la Palabra de Cristo.

La calidad de la obediencia depende de nuestra relación con Cristo: tratar con Cristo en todo tiempo, estar con El, tomar conciencia de su presencia permanente y de sus llamados: tal debe ser unos de los primeros objetivos de la vida monástica. Esta relación íntima y este trato frecuente con Cristo permiten actualizar el servicio santo que los monjes han profesado: estos no están en el monasterio simplemente porque les agrada o porque se sienten más cómodos que en otra parte, sino porque han sido llamados para un servicio santo, el de Cristo.

El servicio es lo que caracteriza la vida del discípulo, a ejemplo de Cristo, su Señor. La vida cristiana sólo tiene sentido si es un servicio de amor al que constantemente llama Cristo en su seguimiento.

La descripción pintoresca que acompaña esta primera parte describe el hábito de una obediencia inmediata y de buen grado en la cual los monjes y las monjas se entrenan en todo tiempo y muy especialmente cuando responden a la campana que los llama al oficio divino (*sin demora, sin tardanza* se emplean respectivamente en los dos casos, 5,1 y 22,6).

Puede sorprender el primer versículo de este capítulo 5: “El primer grado de humildad es una obediencia sin demora” (5,1). De hecho al escribir esto el Maestro en su *Regla* (=RM), y san Benito en la suya, siguiendo al Maestro, abren el conjunto de su tratado espiritual que se cierra con el capítulo de la humildad. La obediencia se halla en la base del camino de la humildad. Nada de nuevo en esta enseñanza: ella resume toda la tradición monástica tal como se la describe, por ejemplo, en las *Instituciones Cenobíticas* de Casiano (IV,8). La formación monástica consiste en primer lugar en aprender a dominar la voluntad propia, la voluntad mala, por el trabajo de la obediencia. Casiano es muy firme en este punto: “Imposible obtener éxito alguno en la lucha contra los vicios, si no se tiene esta base”. Imposible por tanto acceder a la caridad sin dejar de centrarse en sí mismo.

2.2. El camino estrecho de la obediencia

La obediencia a Cristo no puede reducirse a la ejecución de un mandamiento moral en la vida presente. El servicio de Cristo introduce al cristiano en la vida misma de Dios eterno. Seguir a Cristo hasta el extremo en la obediencia del amor, es ser liberado de las pasiones y de los vicios para participar en la vida bienaventurada del Padre que se entrega a su Hijo, el cual, desde toda la eternidad y en su Encarnación, no cesa de entregarse al Padre en su común Espíritu que es amor.

Así, “aquellos a quienes el amor los incita a avanzar hacia la vida eterna” (RB 5,10) pueden obedecer verdaderamente. Por eso toman el camino estrecho del cual dice el Señor: *angosto es el camino que conduce a la vida*

(RB 5,11). El Prólogo señala ya esta perspectiva aconsejando al monje “no huir en seguida, aterrado, del camino de la salvación, porque éste no se puede emprender sino por un comienzo estrecho. Mas cuando progresamos en la vida monástica y en la fe, se dilata el corazón, y corremos con inefable dulzura de caridad, por el camino de los mandamientos de Dios” (RB. Pr. 49).

Desde esta perspectiva el monje debe tener la muerte presente ante los ojos cada día y desear la vida eterna con todo el ardor de su alma (RB 4,46-47) a fin de dejar en su justo lugar las impresiones del momento, las constantes humillaciones y las inevitables ilusiones de la vida presente, con miras a hacer posible una verdadera obediencia a Cristo en medio de los hermanos sólo por el triunfo del amor.

La obediencia descrita como la vía estrecha de la salvación, hace del monje el sucesor de los mártires. La obediencia es un martirio cruento. Esto es lo que expresa explícitamente la Regla del Maestro cuando dice del monje que debe vivir la obediencia, *velut in martyrio patienter* (RM 7,59). Es lo que expresa también el cuarto grado de humildad que pide al monje que “en la misma obediencia, así se impongan cosas duras y molestas, o se reciba cualquier injuria, uno se abrace con la paciencia y calle en su interior y, soportándolo todo no se canse ni desista...” (RB 7,35-36).

La tradición que hace de los monjes los sucesores de los mártires pudo haber sido abusiva. Y en nombre de esta tradición el ejercicio de la obediencia pudo haber dado lugar a numerosas aberraciones; por ejemplo, el Padre espiritual que daba a su discípulo órdenes insensatas o sistemáticamente contrarias a su voluntad para que así pudiera vivir un comienzo de renuncia. San Benito es más moderado, sin embargo retiene la idea de una obediencia que lleva hasta el supremo testimonio, a ejemplo de Cristo.

2.3. La obediencia de Cristo

He aquí pues, la tercera cita de la Escritura en este capítulo de la obediencia: *No he venido a hacer mi voluntad, sino la de Aquel que me envió* (Jn 6,38).

Esta cita se repite en el segundo grado de humildad (RB 7,32) y se completa con la del tercer grado: *se hizo obediente hasta la muerte* (Flp 2,7; RB 7,34).

Es Cristo mismo quien en cada fiel vive la obediencia que presta a su Padre, hasta la muerte y muerte de cruz. Eso es imposible para las solas fuerzas humanas, pero nada es imposible para Dios.

Para obedecer, es necesario pasar, por el trabajo del Espíritu, de la

escucha y obediencia exteriores, a una obediencia de disponibilidad interior a la acción de Cristo en cada hombre. Es la obediencia de la fe: y no puede haber obediencia verdadera y fructuosa si no es teologal.

Esta obediencia de comunión y de amor en Cristo es lo que guía en cada hombre al *eros* de sus deseos para vivir en la libertad del Espíritu a fin de retornar al Padre con Cristo.

Al fin del capítulo, san Benito precisa algunas características del amor obediente para que sea “agradable a Dios y dulce a los hombres”: si la orden se ejecuta “sin vacilación, sin tardanza, sin tibieza, sin murmuración, y sin negarse a obedecer” (5,14). El que ama a Cristo y se deja amar por él es capaz de esto, y en esto se puede reconocer al cristiano y al monje. Así se puede obedecer sin tardanza como lo había dicho al comienzo del capítulo 5, pero también de buen grado (*cum bono animo*), en una perspectiva que da a la vida su verdadero sentido y por ello hace que cedan todas las resistencias que anidan en el corazón del hombre. Se puede hablar de una obediencia vivida en la alegría, en la verdadera alegría, la del mártir, de la que habla Cristo: *Les he dicho esto para que mi alegría este en vosotros y vuestra alegría sea perfecta (Jn 15,11)*. “Dios ama al que da con alegría” (5,16) y lo colma aún en medio de sus pruebas.

Cuando los monjes se sitúan en esta perspectiva, la vida monástica puede dar frutos maravillosos. La comunidad puede ser un grupo humano estimulante para cada uno de sus miembros y para quienes se le acercan. Se trata de un largo camino espiritual que afecta a toda la persona y que requiere paciencia y constante realimentación del deseo.

Pero este cuadro podría parecer muy idealista si san Benito no hubiera añadido otros dos capítulos que sitúan en su circunstancia los principios de la obediencia, y los moderan un poco.

3. Capítulo 68: Si a un hermano le encomiendan cosas imposibles

Este capítulo 68 permite percibir mejor cómo considera san Benito la obediencia en lo cotidiano, aún si la situación descrita tiene algo de excepcional. Este capítulo forma parte de los que san Benito escribió después de una larga experiencia abacial. Introduce una dimensión horizontal de diálogo que sin quitar nada a la autoridad del superior, la atempera con cierta humanidad reconfortante.

El capítulo retoma los dos grandes ejes de la obediencia: escuchar y poner en práctica. La novedad se halla entre ambos momentos: el debate interior primero, y luego con el Abad.

3.1. La escucha (v. 1)

En un primer movimiento, el monje debe mostrarse acogedor con todo lo que se le encomienda: aunque la orden recibida le parezca de entrada difícil o imposible: “debe recibir la orden del que manda” (68,1).

San Benito precisa una dimensión nueva de esta acogida: “con toda mansedumbre”. Etimológicamente la palabra *mansuetudo* viene de *manus*, la mano y de *suesco*, habituarse a, acostumbrarse a; la mano es símbolo de fuerza, de poder. La mansedumbre es un amansamiento firme, una doma de sí mismo. Para el monje maduro se trata de escuchar y de recibir la orden dada familiarizándose interiormente con la nueva situación. Esta manera de proceder le permite tomar distancia de las reacciones instintivas del deseo inmediato.

En efecto, la presunta imposibilidad puede provenir de un movimiento de voluntad propia ligada al deseo vuelto únicamente hacia uno mismo. La desestabilización de las costumbres o el miedo pueden ser la causa de este movimiento.

La humildad de la obediencia es pues más importante que la humildad de la mirada vuelta sobre uno mismo, que hace pensar que lo mandado es imposible. A decir verdad, cada uno es el último en saber exactamente lo que le conviene y de lo que es capaz: felizmente están los otros para descentrar nuestra mirada y permitirnos salir de nosotros mismos.

3.2. El debate (3-4)

Sin embargo, el abad no es infalible, tampoco es competente en todos los ámbitos o en todos los servicios. Por esta razón, san Benito prevé que puede haber diálogo entre el abad y el monje al que se le haya mandado algo.

Pero antes de que haya diálogo, es importante que el monje ponga en claro las razones que anidan en su espíritu: “Si viere que el peso de lo que le han impuesto excede totalmente la medida de sus fuerzas” (68,3). Es verdad que algunas veces el yugo de Cristo no parece muy suave ni su carga ligera. No obstante el yugo y la carga son de regla y es imposible evitarlos. Es normal que algunos encargos engendren fatiga, preocupaciones, molestias, disgustos, pero no necesariamente por encima de las fuerzas de aquel a quien se le solicitan (por otra parte es difícil evaluar la medida de las fuerzas de una persona, el hombre tiene recursos insospechados que se revelan en tiempo de crisis, por ejemplo); puede ocurrir incluso que la misión encomendada exceda momentáneamente las fuerzas del individuo y, con todo, haya que seguir adelante pues no parece que existan otras solu-

ciones posibles al menos de inmediato. Un examen interior es necesario para no ceder al sentimiento pasajero o a una solución fácil, y para hacer que sea Cristo mismo quien lleve el peso en una renovada relación con su persona.

Sin embargo, si después de este debate leal consigo mismo, le parece siempre que la cosa le es imposible, el monje ha de recurrir a quien corresponda: al superior. En efecto, se corre gran peligro de hablar a tontas y a locas con el primer hermano que se le cruza a uno por el camino, con una terrible tentación de desahogo que puede degenerar en murmuración, sin aportar, por otra parte, ninguna solución: sólo quien ha tomado la decisión o ha dado la orden puede ser un buen interlocutor. Sin embargo serán necesarias algunas precauciones para entablar el diálogo: debe ser llevado adelante con paciencia (*patienter*) y en tiempo oportuno (*opportune*).

Patienter: es imposible permanecer en la obediencia sin la virtud de la paciencia. La gracia de la comunión con Cristo es la que nos capacita para soportar el perdernos a nosotros mismos en la escucha del O(o)tro, siempre dispuestos a acoger su palabra.

Opportune: en buen momento: cuando ya pasó la primera emoción, cuando se ha hecho un intento leal, cuando el superior está en condiciones de tomarse el tiempo necesario en un momento adecuado. De lo contrario, ello tendrá aires de reclamo individualista y no aspecto de construcción positiva, y se correrá el riesgo de que el diálogo resulte enteramente falseado.

Solamente entonces puede el monje exponer (*suggerat*) las causas de su imposibilidad, las razones de su impotencia. No hace más que exponer (la expresión se repite un poco después, v. 4), manteniendo siempre su deseo de no hacer su propia voluntad y de permitir a su interlocutor ejercer libremente su función. Estamos lejos, por ejemplo, de la presentación de una renuncia: renunciar es poseerse, no es abandonarse. En este diálogo lleno de *discretio*, el monje expone con calma las presuntas causas de su imposibilidad: esto es a veces suficiente para superar las dificultades imaginarias. Esta objetivación es siempre una etapa importante para avanzar. Por su parte, el abad debe ayudar. Si las causas de la imposibilidad son enteramente justas, el abad no podrá dejar de tenerlas en cuenta de una manera o de otra, con la libertad de su propio discernimiento.

Todo este debate debe estar impregnado de humildad. El monje no debe manifestar ni orgullo, ni resistencia, ni contradicción (68,3). El orgullo es esa posesión de sí que afirma la voluntad propia hasta la resistencia y la contradicción con el superior y con los hermanos.

3.3. La acción (4-5)

Después de discernir, el superior decide mantener la orden dada. Persiste (*perduravit*): se mantiene firme en un momento que es “duro” y que dura; es un cometido difícil y que hace sufrir, pero indispensable en ciertas ocasiones. Se dice a veces que para llegar a ser un buen abad, se necesita sobre todo tener una gran capacidad de soportar y mantenerse firme con mucha misericordia, frente a toda clase de desestabilizaciones.

El monje, pues, debe obedecer. San Benito lo llama aquí *junior*, cualquiera sea su edad, pues se trata del monje que se reconoce bajo la autoridad de otro y pone su confianza en Dios (evitando sin embargo caer en infantilismos!).

El monje obedece, aun cuando su juicio lo incline a pensar de otro modo que su abad, sabiendo que el bien de la obediencia será para él superior a la acción según su propio juicio. Es un movimiento de conversión que toca lo más profundo de su ser.

Esto puede hacerse solo por un motivo superior de caridad (*ex caritate*) y por la gracia del auxilio divino (71,5). Así, la última palabra del capítulo puede ser *obœdiat*, obedezca.

Las razones aducidas por nuestro juicio propio no tienen proporción con las trampas que nos tienden la mala voluntad y el orgullo. Pero para percibirlo, la obediencia deberá tener un fundamento teológico, de lo contrario será imposible cualquier progreso. Volvemos a encontrar las bases del capítulo 5.

Esta página de san Benito aporta una dimensión suplementaria a la enseñanza de Casiano, del Maestro y también de san Basilio. La subjetividad, la conciencia del sujeto, interesa a san Benito. Ella puede ser el lugar de una *metanoia* por la humildad de la caridad, según la enseñanza de Cristo que impulsa siempre a la persona a entrar en sí misma para hacerse capaz de un verdadero camino de conversión.

4. Capítulo 71: Que los hermanos se obedezcan mutuamente

Si bien san Benito recuerda asimismo en este capítulo la importancia de poner en primer lugar y por todo las órdenes del abad y de los oficiales designados por él, se interesa igualmente por la obediencia en el marco de las relaciones fraternas cotidianas.

En la *Regla* del Maestro, el discípulo tiene la seguridad absoluta de ejecutar lo que Dios quiere, cumpliendo únicamente las órdenes del Abad. La relación personal entre Maestro y discípulo, heredada de la tradición

del desierto, se mantiene en toda su amplitud.

San Benito, siguiendo a san Agustín, añade la dimensión horizontal, porque la obediencia, unida al ejercicio de la caridad, es un camino para ir a Dios..

Se trata realmente de caridad: *omni caritate et sollicitudine obœdiant* (71,4); el solo hecho de renunciar conscientemente a la propia voluntad para cumplir con toda caridad y solicitud la voluntad de otro, por el bien común, es un beneficio que permite avanzar juntos por el camino de la caridad y por tanto de la unión con Dios.

Es por esto, en este sentido y solamente en este, que no cabe dudar en hablar de la obediencia como de un bien (*bonum obœdientiae*, v 1).

¿Puede haber mejor conclusión a estas reflexiones sobre la obediencia que el capítulo de san Benito sobre el buen celo (RB 72)?

“Así como hay un mal celo de amargura que separa de Dios y lleva al infierno,

hay también un celo bueno que separa de los vicios y conduce a Dios y a la vida eterna.

Practiquen, pues, los monjes este celo con la más ardiente caridad, esto es, *adelántense para honrarse unos a otros* (Rm 12,10);

tolérense con suma paciencia sus debilidades, tanto corporales como morales;

obedézcanse unos a otros a porfía;

nadie busque lo que le parece útil para sí, sino más bien para otro;

practiquen la caridad fraterna castamente;

teman a Dios con amor;

amen a su abad con una caridad sincera y humilde,

y nada absolutamente antepongan a Cristo,

el cual nos lleve a todos juntamente a la vida eterna”.

No hay nada que agregar: la finalidad de la obediencia es la verdadera caridad, que lleva a la unión con Dios en la comunidad de los hermanos, objetivo de toda vida cristiana y de toda vida monástica.

Abbaye Saint-Martin

F-86240 Ligugé

Francia